

Lo posmoderno y su deriva: la inversión de la prueba*

Roberto A. Follari**

Escribimos en un momento muy peculiar, a sólo un mes de un acontecimiento que sin duda ha modificado la situación geopolítica, militar y cultural del mundo: los atentados al Pentágono y las torres gemelas. A posteriori de ello, se ha iniciado la guerra propuesta por Estados Unidos, presentada como si fuera una natural “respuesta” bélica al sangriento evento, y que incluye bombardeos sistemáticos, uso de misiles, y muerte de civiles; con lo cual la espiral de violencia se va autoalimentando sinérgicamente, mientras la amenaza del ántrax se cierne sobre Estados Unidos, y también sobre otros países del capitalismo que se han manifestado como sus aliados.

Si se identifica lo posmoderno con lo “blando” o lo “dulce” (G.Vattimo), no cabe dudas de que en una primer mirada, estaríamos ya fuera del ámbito de tal talante. El pánico ha hecho presa de la población estadounidense, y no sólo de la de allí; mientras el lenguaje belicista de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, acerca a veces a la legitimación religiosa propia de lo premoderno (“Dios no es neutral”, “justicia infinita”, “cruzada” y otras referencias parecidas del presidente Bush), y otras a las versiones de violencia iniciada en la voluntad subjetiva que han caracterizado a la modernidad, según el acertado pronóstico de los teóricos de Frankfurt¹.

Si lo posmoderno se define por el neonarcisismo consumista y el retiro a la calma de la vida personal alejada de las viscosidades de la política y el compromiso, es notorio que la situación actual no se define –al menos plenamente– en tales términos. Es imposible no hacerse cargo de que lo siniestro, que tan bien definiera Freud², ha irrumpido en la vida cotidiana

* Artículo especialmente elaborado para este número de *C&P*, recibido em novembro de 2001.

** El autor es profesor de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina).

¹ Esta es la tesis de Horkheimer y T.Adorno en su reconocido *Dialéctica del Iluminismo*.

² Freud, S.: *Lo siniestro*, en Freud, S. *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, tomo III, pgs. 2484-2505

de casi todo el mundo globalizado: ahora lo familiar se ha vuelto súbitamente insoportable. Imposible no atender a los noticieros, imposible buscar espacios personales no contaminados por los efectos de la situación político-militar mundial.

No han faltado, por tanto, quienes diagnostiquen el final de la posmodernidad³. Estaríamos ante la culminación/realización de esta, y desde allí ante su desaparición. Diagnóstico aparentemente acertado, pero que nos parece algo apresurado frente a la inmediatez de los acontecimientos. Y quizá formulado desde el ya anterior y secreto deseo de que tal tiempo de la liviandad y la evanescencia llegue de una vez a ser desplazado por condiciones epocales que restauren la crítica⁴.

Por cierto, en lo personal no comparto la liviandad como talante, y entiendo que ella ha favorecido crecientemente la pérdida de capacidad de enfrentamiento a los avances de la privatización y el capitalismo salvaje en el mundo todo, y especialmente en Latinoamérica. Pero entiendo que ello no autoriza a suponer que la “superación” de lo posmoderno pudiera dar lugar a una condición mejor: también podríamos abandonar lo posmoderno hacia la restauración militarista/autoritaria generalizada, hacia el neofundamentalismo religioso presente en ambos bandos (Bin Laden/Bush), o hacia la combinación funesta de los dos factores; posibilidad esta muy factible, dada la actual postura de una Europa impotente, y por completo dependiente en lo militar de la gran potencia hegemónica.

Lo cierto es que el talante *light* de la cotidianidad posmoderna, tan bien descrito (y a la vez exaltado apologeticamente) por G.Lipovetski, sin duda que no puede permanecer en las actuales condiciones. Pero entender que la posmodernidad puede definirse sólo por ese rasgo, sería malentender todo lo que lo posmoderno significa, si lo interpretamos a partir de una teorización sistemática⁵. La condición posmoderna es el fruto de una larga sedimentación histórica, es una condición epocal y de larga duración, no una circunstancia adventicia que pudiera exorcizarse de golpe, que desapareciera casi mágicamente ante un hecho singular, por más abrupto y significativo que este fuera.

El pánico generalizado en Estados Unidos, que se ha dado junto a muestras permanentes de apoyo a la guerra y manifestaciones de un primi-

³ Grüner, Eduardo: “Babel, sin su(s) torre(s)”, artíc. aparecido en Internet

⁴ Grüner, desde un marxismo refinado y culto, ha rechazado las implicancias que hacen a lo posmoderno, ciertamente lejanas de los valores que él sostiene.

⁵ Follari, R.: *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Aique/Rei/IDEAS, Bs.Aires, 1990

tivo nacionalismo mayoritario, no deja de ser testimonio de la preeminencia de lo personal, y del cuidado de la propia seguridad por sobre cualquier otro criterio. La guerra es bienvenida, mientras los que vayan sean otros: que sean jóvenes, a menudo negros y latinos. Pero si en cambio ella toca a la seguridad personal a través de lo químico y bacteriológico, la prioridad se invierte: ya no se trata tanto de castigar a los enemigos como de resguardar la vida propia, y la comodidad que en países del capitalismo avanzado le está asociada. En realidad, el individualismo contemporáneo (con el neonarcisismo que lo acompaña) de ninguna manera ha desaparecido en pro de ideologías colectivistas, o de campañas en las cuales se entregue el interés personal a más amplios ideales que superen el particularismo. La costumbre de trasladarse y viajar, la de gozar del consumo y del aumento del tiempo libre, han sedimentado en la subjetividad con suficiente espesor como para ser ahora una nostalgia que se opone a las duras imposiciones de un presente que amenaza con instalarse por largo tiempo. No se vuelve a casa a gusto, y si se disminuye los viajes en avión, no es porque se aborrezca súbitamente de las facilidades que ellos posibilitan, sino que se prioriza la seguridad personal al deseo de placer, lo cual no es sino la confirmación de una de las tesis centrales de la teoría de Freud⁶. Se trata de la dura imposición del *principio de realidad* que refiere la teoría psicoanalítica; se sabe que tal principio no niega el predominio del placer: sólo plantea cuáles son los rodeos necesarios para que este pueda acontecer.

No estamos ante el final del individualismo y el consumismo, sino ante nuevas modalidades de su ejercicio que se adecuan a circunstancias radicalmente diferentes. Sin duda que *lo grave* de la historia se está manifestando, acabando con el talante alivianado que acompañó la primer fase de lo posmoderno. Asistiremos, según se ve, a una fase nueva caracterizada por la refundamentación maníaca (en el sentido clínico de esta segunda palabra) del nacionalismo, el etnocentrismo y la afirmación de legitimidad. Afirmación que en su virulencia y cerrazón, en su dureza y fanatismo, no hace otra cosa que permitir advertir el agujero de caoticidad y defundamentación sobre el que se ciñe; la búsqueda desesperada de cerrar mágica y bruscamente la brecha abierta por el final del fundamento, de las certidumbres y de las seguridades, que abrió la posmodernidad desde su inicio hace unos veinte años.

⁶ Freud, S.: *El malestar en la cultura*, En N. Braunstein (comp.): *A medio siglo de El Malestar en la cultura* de Sigmund Freud, Siglo XXI, México, 1981

Estamos en un momento de *reacción*. El cual, por cierto, se venía preanunciando. Por nuestra parte, hemos trabajado la idea de que la *gravedad existencial* no podía ser simplemente olvidada o ignorada. El ser-para-la-muerte heideggeriano no se puede reinterpretar al estilo Vattimo sólo como apertura a la contingencialidad radical, y por ello a la no-tiranía del universalismo intelectualista. No es que tal versión resulte implausible, pero es sin duda parcial. También se trata de incorporar la nada y la angustia al análisis, de advertir que cierta gravedad de los actos y sus consecuencias resulta inevitable, que es parte de la condición humana, y el escape de ella sólo puede entenderse en los tradicionales términos de *inautenticidad* que el mismo Heidegger sostuviera. Por ejemplo, el acontecimentalismo llevado al extremo —en cierta lectura de Nietzsche que los posestructuralistas han desarrollado⁷— llevaría a pensar la vida como discontinuidad radical, como apertura siempre renovada del horizonte vital que no tiene compromisos con el pasado o el futuro: sólo los tendría con el instante. Pero la denuncia de la metafísica de la presencia y la identidad, esa que ha llevado a una dura exigencia de coherencia preconstruida entre el instante, el pasado y las presunciones de futuro, no puede llevar a una simple *inversión* hacia una especie de instantaneísmo que resultaría tan metafísico como lo que pretende deconstruir. Nunca estamos instalados ante nuestros actos “ex-nihilo”, como cada vez recién nacidos, como si nuestro pasado no limitara las opciones o constriñera las posibilidades. Y si no atendiéramos en modo alguno a tales restricciones, el abandono al impulso de la pura instantaneidad nos convertiría fácilmente en sujetos irresponsables, obviamente incapaces de cualquier compromiso personal o exiológico medianamente perdurable.

No puede vivirse el presente como pura liviandad, pues dejará consecuencias a enfrentar. Como alguien gustaba afirmar, “quien no tenga buena cabeza para prever, deberá tener buenas espaldas para aguantar”⁸. Por ello, la instantaneidad pura resulta tan gravosa como la exigencia constante de auto-coherencia y permanencia identitaria. Hay que aprender una sabiduría que sea capaz de sostener la tensión de estos dos polos en su inevitable ruptura mutua.

Vaya lo anterior para enfatizar la *imposibilidad* de postular un talante puramente alivianado como condición ontológica de la Humanidad, cualquiera sea su momento histórico. Aún con predominio del consumismo y

⁷ Es el caso de G. Deleuze, especialmente en sus trabajos con F. Guattari. Para ver su interpretación de Nietzsche, su libro *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 1971

⁸ Este es un adagio que repetía a menudo el líder político argentino Juan Perón (muerto en 1974)

la irresponsabilización por lo colectivo, de abandono de los grandes relatos y compromisos, de refugio en la comodidad personal y en las finalidades autoestablecidas, hay un fondo de tragicidad del cual resulta imposible escapar. Es cierto que si moriremos, podemos tomar cada decisión personal como modificable, como no inscrita en rasgos imperecederos; pero también lo es, que cada acto nos desgasta y desvanece, nos disminuye el tiempo de vida, y hace de toda positividad vital, un acceso privilegiado hacia nuestro final inexorable en la nada.

Había, pues, algo de no admisible en la presunción de alivianamiento generalizado de la existencia, como sobre todo han expuesto (en géneros discursivos muy diferentes) Vattimo y Lipovetski. Hace unos años lo planteó un Lyotard casi póstumo, que parecía descubrir tardíamente algunas unilateralidades de su inicial celebración generalizada de lo posmoderno: “La moralidad de las moralidades sería el placer estético... Quince notas, pues, sobre la estetización posmoderna. Y contra ella: no se acaba con el problema de la vida por asignarla al artificio”⁹.

La inversión de la prueba

Por mucho tiempo fue necesario un esfuerzo para lograr que la noción de posmodernidad fuera asumida en las ciencias sociales, particularmente en el caso latinoamericano. La sospecha de que se trataba de una cuestión sólo atinente al capitalismo avanzado, o que estábamos ante una moda intelectual pasajera, contribuyeron a hacer difícil e infructuoso el debate durante un buen período. Dos situaciones contribuyeron a una mayor aceptación de la problemática, aun cuando debamos admitir que esta nunca ha sido ni siquiera cercana a lo unánime: por una parte, el hecho de que un autor marxista con prestigio mundial –como es F. Jameson¹⁰ – se haya hecho cargo del tema, mostrando la falsedad de la oposición imaginaria entre criticidad y asunción de la temática de lo posmoderno (la cual, por cierto, no implica necesariamente toma de partido a favor de esta, o de los valores que vehiculiza). El otro factor es de carácter estructural: el tiempo mostró que lo posmoderno no era una especie de invento de algunos intelectuales sensibles a las modas, sino que estábamos ante un denso fenómeno cultural cuyas claves permitían interpretar monumenta-

⁹ Lyotard, J.: *Moralidades posmodernas*, Tecnos, Madrid, 1996, epígrafe en p.7

¹⁰ Jameson, F.: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós Studio, Barcelona, 1991

les modificaciones históricas, tales como las producidas en el campo de lo político, en el de lo mediático, o en el de la adhesión ética a valores.

Fue así que la sospecha respecto de quienes nos hemos referido desde hace tiempo a lo posmoderno como categoría de análisis, fuera perdiendo peso (por cierto, sin desaparecer del todo). En los hechos, la crisis de los paradigmas tradicionales en la epistemología, la caída de los relatos emancipatorios totalizantes, la desaparición del bloque soviético y la desfundamentación que ha llevado a la multiplicidad de regímenes éticos de valoración – entre otros factores – han minado las supuestas seguridades en que se asentaban los discursos admonitorios contra la posmodernidad, extendidos a quienes se refirieran a ella. De tal manera, con el tiempo ha podido asumirse que “estamos en una sociedad posmoderna”; y aunque el estatuto de la afirmación sea muy polivalente (¿qué define tal categoría? ¿una situación constitutiva del todo social? ¿de lo cultural exclusivamente? ¿incluye lo económico?) según el autor del caso, lo cierto es que con el tiempo ya no fue necesario tener que dar especiales explicaciones por hacer uso de la expresión. Lo posmoderno fue gradualmente asumido como un *factum*.

De modo que, desde hace ya un lustro aproximadamente, las discusiones han ido desapareciendo al respecto, en la doble traza de una polémica que ya iba saliendo del horizonte de visibilidad porque se iba agotando su vigencia histórica, pero también de su efectivo “cumplimiento”: es decir, su aceptación en cuanto algo que se habría realizado y positivizado.

Bajo esta condición, la sospecha comenzó a cambiar de sitio, de modo que ahora los intelectuales que rechazaran la categoría de posmodernidad empezaron a ser sospechados de ignorar una parte decisiva de la realidad contemporánea, y de no ser sensibles a los nuevos rumbos del decurso histórico.

Pero razones que aquí no vamos a desarrollar pero son fáciles de advertir¹¹ hacen que los intelectuales siempre estemos muy por detrás del transcurso histórico efectivo. Por ejemplo, todavía se insiste con apelaciones masivas a Foucault, cuando los dispositivos disciplinarios han sido reemplazados por los de la seducción posmoderna, y la primacía del discurso fue corroída por el universo de la imagen (TV satelital, Internet). La historia va mucho más rápido que la Academia, y ello explica por qué lo

¹¹ Se requiere una sociología del trabajo intelectual, que muestre cómo los ritmos de la investigación son tan diferentes de los de la política y la economía, que llevan a una especie de curiosa exterioridad en relación con los hechos inmediatos, a una gran dificultad para incorporarlos a la reflexión teórica. Con lo cual el compromiso social de los intelectuales frente a la política queda seriamente debilitado en su eficacia.

posmoderno se impuso como dato, en el momento mismo en que comenzaba cierta decadencia de su momento creativo inicial.

Hace ya tiempo que se venía advirtiendo una reaparición de fenómenos que no podían ser abordados según el talante *light* presente en los autores canónicos del posmodernismo; menos aún en el de la crítica estetizante propia de Lyotard (más cercana al posestructuralismo surgido de los lejanos años setentas). Realizadas las vanguardias paradójicamente en el universo de la publicidad y el marketing televisivos, su capacidad de ruptura fue reabsorbida en la saturación de estímulos propia de lo posmoderno, y eso hacía poco efectivo el gesto estetizante de Lyotard (gesto del que luego se desdeciría, tal cual ya hemos expuesto). Y ese universo alivianado del yo sobreestimulado, de ese yo sin identidad continua tras la fragmentación permanente por las excitaciones sucesivas, aparecía ya hace más de un lustro en clara inadecuación en relación con las exigencias cada vez más duras que el capitalismo salvaje proponía para la integración social.

Integración social competitiva y normada, legitimación cultural liviana y placentera. En esta rotunda no-adequación hemos vivido los últimos años del milenio pasado, advirtiendo los rasgos de una cultura del goce perpetuo, en choque con una realidad que en Latinoamérica ha tomado visos dantescos: aumento de la pobreza y la desocupación, aparición de la inseguridad en la calle y los hogares como vivencia cotidiana y universal, jóvenes que emigran masivamente hacia el capitalismo central, caída de los índices macroeconómicos con aumento del riesgo por la globalización financiera...El neoliberalismo dejó efectos devastadores sobre nuestras sociedades, mientras la cultura posmoderna derivaba la mirada hacia la propia subjetividad, y disminuía las bases de resistencia desde las cuales la situación pudiera parecer insoportable.

Neoliberalismo y posmodernidad son dos fenómenos de orden diferente, y alcance muy disímil. Hemos ya trabajado este tema en otro texto¹²: se trata de una condición epocal de la cultura con base en condiciones objetivas de las nuevas tecnologías y el final del universo ideológico autoritario moderno, por una parte; por la otra, de una acción político-ideológica definida, manejada voluntariamente por determinados sujetos ligados al capital más concentrado, y a sus estrategias asociados. Ciertamente, confundir o superponer ambos fenómenos – lo cual hemos visto realizado en

¹² Follari, R.: “Inflexión posmoderna y calamidad neoliberal: fin de fiesta” en Martín-Barbero, J. y otros (comp.): *Cultura y globalización*, Ces/Univ. Nacional, Bogotá, 1999

múltiples ocasiones – muestra una desorientación conceptual notable en relación a la cuestión.

Hecha ya la mutua discriminación entre ambos fenómenos, cabe señalar su asociación. Esta ha operado en el sentido ya esbozado: el alivianamiento de la cultura mina las bases desde las cuales oponer algo a lo existente, lleva a la aceptación, o al menos a la decisión de privilegiar el disfrute inmediato sobre la promesa histórica. Y acá volvemos a las tensiones entre metafísica tradicional e inversión simple de la misma: sin duda que por años la teleología historicista llevó a muchos a postergar cualquier realización personal en nombre de ideales trascendentes. Se abandonó todo espacio de placer individual, y ello redundó en la mojigatería moralista de muchas posturas socialistas, a la vez que en el autoritarismo asociado a tal tipo de posiciones represivas. Pero invertir una problemática es reproducirla en sus mismos términos, según se ha dicho desde Heidegger hasta Althusser: no se trata – entonces – de abandonar todo horizonte histórico para establecerse en la rendición absoluta al presente y sus posibilidades. Lo posmoderno reemplazó el largo plazo por la desaparición de todo plazo y toda espera y – como Freud bien mostró – la incapacidad de espera se asocia a la inmadurez del yo, tanto como a la imposibilidad para el pensamiento y para los rodeos que él ayuda a hacer efectivos si se quiere allegarse al objeto de la pulsión.

No en vano lo posmoderno venía perdiendo vigencia en tanto un discurso con capacidad de interpelación y de inventiva. Lyotard ya no escribía textos de peso al respecto desde varios años antes de su muerte; Lipovetski se dedicaba a temas específicos, como el de lo femenino, dejando de lado sus previos – y repetitivos – desarrollos generales sobre lo posmoderno; Vattimo se reencontraba con la religión, llegando así a una especie de culminación paradójica desde la cual se hizo muy difícil regresar con credibilidad a la discusión filosófica; Baudrillard había sido escéptico desde el momento inicial. La producción teórica de los autores posmodernistas había entrado en crisis prácticamente con los comienzos de los años noventas. Mientras, en Latinoamérica el tema perdía carácter propiamente filosófico, y aparecía en una dimensión de descriptiva cultural sin mayor énfasis en lo teórico¹³, y poco apegada a los principales desarrollos mundiales sobre la cuestión.

¹³ Son los casos (con muy diferente posición ideológica frente a la globalización y sus efectos) de Sarlo, B.: *Escenas de la vida posmoderna*, Ariel, Bs.Aires, 1994; y García Canclini, N.: *Consumidores y ciudadanos (conflictos multiculturales de la globalización)*, Grijalbo, México, 1995. Una crítica frontal en Reynoso, C.: *Apogeo y decadencia de los estudios culturales (un estudio antropológico)*, Gedisa, Barcelona, 2000.-

Para describir esta torsión histórica produjimos la categoría de “inflexión posmoderna”. Con ella hacíamos referencia a la desaparición/cumplimiento del momento inicial de liberación posmoderna de los moldes duros del autoritarismo de la subjetividad moderna, esa que era intelectualizante y manipuladora del mundo. Pasado ese momento de regocijo inicial, el “todo vale” empezó a parecerse al “nada vale”, es decir, a la pérdida de toda brújula normativa. La superación del disciplinamiento tendió a convertirse en anomia masiva, el sin-sentido se impuso en lugar del *sentido duro* fundamentador y dominante en épocas anteriores...Lo posmoderno, al realizarse en los hechos, expresaba sus límites y construía inevitablemente su propia negación en lo real. Antes, frente a significados duros se pedía liberarlos; ahora, frente a significados evaporados se pedía poder sostenerse en alguno. Antes, las creencias llevaban a la exclusión y el autoritarismo: luego, la no-creencia y el radical pluralismo conllevaban un relativismo que se autofagocitaba, donde si todo vale todo da lo mismo.

Algunos de los fenómenos sociales del caso realmente llaman la atención: por ej., el retorno de la religión como fenómeno masivo, sobre todo en su versión electrónica, televisiva y carismática. Sin duda, que la religión evoca lo sin-fondo del mundo, como afirmara Castoriadis¹⁴; pero también tapa el agujero con la limpieza de lo sin-fisuras, metafísica de la presencia en estado puro, retorno no intelectualizado a la onto-teología que se creía definitivamente superada. Otro fenómeno notable es el del avance avasallante de los cursos de Etica, y los de Filosofía Política. Como Jameson ha afirmado¹⁵, esto es muestra de la primacía de lo simbólico por sobre lo material, de una proliferación de los signos que opera como tapadura frente a lo real en su condición de materialidad organizada por el capitalismo; un capitalismo que es cada vez más sígnico y operante en el campo de la virtualidad financiera. De modo que, en vez de pensarse cómo se organiza hoy la sociedad, se piensa desde la Filosofía política en la “buena vida” y los ideales a perseguir¹⁶; y la Etica reemplaza la reflexión científica sobre las condiciones sociales que llevan a los sujetos a la desorientación normativa que predomina, elevando al espacio platónico del “deber

¹⁴ Castoriadis, C.: “La institución de la sociedad y de la religión”, en su libro *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988

¹⁵ Jameson, J.: “Transformaciones de la imagen de la posmodernidad”, en su libro *El giro cultural*, Manantial, Bs.Aires, 1999, p.130

¹⁶ Ver por ej., Renault, E.: “¿Filosofía política o crítica de la política?”, en Bidet, J. (dir.): *¿Pensamiento único en Filosofía política?*, Actuelmarx edición argentina, Bs.Aires, julio 2001. También allí nuestro trabajo en igual dirección, “El auge de la Filosofía política como síntoma”.

ser” la protesta sobre las faltas a la ética en la política y la economía contemporáneas. Huelga explayarse sobre la infertilidad de ese tipo de postulaciones sin asentamiento empírico, que son más síntoma que explicación de su objeto.

Y ya que referimos a “síntomas”, qué mejor que hablar de uno que ha proliferado en la escena intelectual de Estados Unidos y Canadá, como es la literatura supuestamente científica que ha llevado el nombre de “posmoderna”. Curiosamente, quienes la desarrollan rara vez muestran haber desarrollado una teoría de lo posmoderno, sino lo dan como obvio por sí mismo. De tal modo, confunden posestructuralismo con posmodernismo, lo cual implica no sólo superponer movimientos que respondieron a condiciones históricas de construcción diferentes (el posestructuralismo fue la *negatividad* a nivel teórico del momento último de la modernidad, en los años sesentas y setentas), sino que supone confundir el talante deconstructivo-crítico, con la conciliación hacia la historia efectiva, tal cual la plantea Vattimo al hablar de lo posmoderno como una *chance*.

Pero al proponer la deconstrucción derrideana fuera de lo que fue su contexto histórico en los años setentas (contra el autoritarismo de lo Único entonces vigente), y de su contexto geográfico-teórico en Europa, para llevarla hacia la academia estadounidense, se ha pergeñado una frankensteiniana producción textual, vacua y manierista, preocupada por los efectos estilísticos y la retórica, a la vez que carente de teoría, capacidad explicativa, y referente empírico precisable. Estudios sobre los medios masivos, sobre lo femenino, sobre ecología, etc., aparecen como *posmodernos*, y lo son en un sentido muy paradójal: no porque expliquen ni describan la posmodernidad como condición efectiva de lo social, sino porque su liviandad conceptual y su retoricismo academicista, muestran a las claras la falta de compromiso de los autores con otra cosa que no sean sus propias carreras personales, y sus atribuciones de prestigio asociadas. Es decir: estos autores son posmodernos precisamente en aquello que ignoran. Autores que – parafraseando a Borges – tienen de bueno que a medida que los vamos leyendo, los vamos olvidando. Su mayor preocupación – como ironizara Rorty – no es tomar el poder del Estado, sino el del departamento de Crítica literaria. Vanos desarrollos, mientras la desigualdad social crece descomunadamente a escala planetaria, y el poder económico es cada vez más esquivo, pero a la vez más férreo.

Todo lo antedicho ha puesto en jaque la versión celebratoria inicial de la posmodernidad. Pero no la vigencia de la posmodernidad misma: esta, en su decurso, comenzó a generar sus propias limitaciones y conflic-

tos, superado el momento de sólo compararla con el pasado moderno. Y esta vigencia dio lugar a síntomas como los arriba descriptos.

No está de más advertir el problema más acuciante hoy para el pensamiento crítico: la inexistencia de un modelo de sociedad alternativo al capitalismo vigente. La caída del socialismo real, y la imposibilidad del populismo o la socialdemocracia (al menos, en sus versiones canónicas, ya que se dan casos como el de Chávez en Venezuela), llevan a que estemos huérfanos de modelos diferentes. El caso de la *tercera vía* ha acabado en la mueca guerrera de Tony Blair, tras su previa liberación de Pinochet: descalificación absoluta y grotesca de la pretensión de una forma pretendidamente “aggiornada” del socialismo. La construcción – a la vez teórica y política en un movimiento mutuamente constitutivo – de nuevos modelos de sociedad alternativa está todavía en sus primeros momentos, y la fase de los movimientos antiglobalización es aún propia de la resistencia activa y fuerte, pero no de la construcción propositiva (el último episodio fue el de la represión desatada por Berlusconi en Génova, julio del 2001).

Este es un problema de la construcción política y no de la posmodernidad o los posmodernistas. Pero sin duda que el talante de la época en algo ha coadyuvado a que se acepte lo existente sin exigir nuevos modelos, tanto como a aumentar la desorientación normativa de todos los que se quedaron sin brújula, pues apostaban su axiología a la construcción de otro orden social. En un mundo sin opciones político-ideológicas, tampoco las hay en el plano de la moral, al menos que resulten convincentes. La ética de la responsabilidad reemplaza a la de la convicción, y así la convivencia reemplaza la lucha dura por la supremacía. Pero a la vez, una ética sin contenidos sustantivos, cuya única premisa sea la tolerancia, puede tender rápidamente a cero, a la nada de adscripción y producción de identificación. De tal manera, la condición de imposibilidad del socialismo hoy, realmente la rueda de la desorientación normativa predominante.

En tales condiciones, es cierto que la prueba pasa ahora a tener que ser sostenida por quienes entendemos que lo posmoderno sigue existiendo. El mundo ya no es liviano, y la falta de normas no se percibe como liberación de restricciones, sino como carencia de ideales a los cuales asirse. Lo posmoderno perdió el filo de negación inicial, y hoy su realización lo vuelve desteñido y tedioso. En los retornos “duros” de aquello que el mundo *light* pretendía exorcizar, algunos entienden que lo posmoderno ya desapareció. Pero la confusión allí es considerable: en realidad, esos retornos compensatorios, esa desesperación por reterritorializar la identidad y enclavar los valores, muestran sobradamente que se trata de reacciones a

una realidad donde la identidad se disuelve en el aire, y los valores se pierden en la paleta cromática de una variedad proliferante de matices indefinibles.

¿Qué posmodernidad perdura?

Hemos intentado mostrar que el endurecimiento de la vida, la aparición de lo real como siniestro – registro que explicara Lacan – no implican que lo posmoderno haya desaparecido, sino que se ha reactualizado en nuevas formas. No pensamos que una condición de época se borre tan rápidamente, sobre todo si la conceptualizamos con la suficiente precisión como para advertir que el alivianamiento es sólo uno de sus síntomas, pero no la característica definitoria.

Lo posmoderno se estableció más bien como el final de la fundamentación racional moderna, y de su modalidad de subjetividad centrada y asegurada intelectualmente. El final de los discursos universalistas-intelectualizantes en cuanto a su capacidad de interpelación masiva (los cuales no han dejado de interesar a algunos, especialmente intelectuales) dejó abierto el espacio a la cultura de masas, la religión electrónica, el reemplazo de los académicos por los periodistas. El individualismo fue el reaseguro frente a la pérdida de la dimensión colectiva, y el consumo y su promesa aparecieron como la modalidad de garantizar el placer inmediato contra la espera del futuro.

Nada de esto ha desaparecido en estos primeros tiempos de una guerra que promete ser despiadada, prolongada e impredecible. No hemos retornado a la modernidad, e incluso la pretensión normativa del gobierno estadounidense choca con tal cantidad de contradicciones (previo apoyo a Bin Laden contra los soviéticos, alianza con la dictadura de Pakistán, “errores” permanentes bombardeando blancos civiles, etc.), que le cabe mejor la pretensión de “cruzada” dogmática propia de los pastores televisivos, que el intento persuasivo de presentar la guerra como racional respuesta de países civilizados a los ataques de quienes son presentados como su opuesto demencial.

La modalidad elusiva de la guerra es ella misma ajena a la modernidad. Aquí no hay territorio establecido, límites claros entre guerra y paz, entre países beligerantes y no, entre redes de terroristas y Estados que los cobijan, entre civiles que no participan y soldados que sí. Es una guerra nada convencional, en la que el ántrax se ciñe amenazador sobre una población alarmada, que nunca creyó que le tocara a ella las consecuencias de una guerra que iba a librarse tan lejos como se encuentra el territorio asiá-

tico. Ni siquiera se sabe adónde llega(rá) la ofensiva bacteriológica fuera de las fronteras de los Estados Unidos.

También estamos ante una nueva fase del multiculturalismo que fuera tan fuertemente declarado y sostenido, para ser puesto ahora frente a una dura prueba. New York es una ciudad multicultural por excelencia, en la que hoy se duda sobre los árabes y sobre los musulmanes, sean estos árabes o no. Las vulgatas sobre el Islam crecen y se difunden, y se atribuye al Corán fundamentalismos que los cristianos parecen no advertir en la propia historia de sus religiones (Inquisición, cruzadas, franquismo...). Pero a la vez, algunos medios masivos advierten críticamente sobre la cuestión, pues ya no puede simplemente regresarse a la conciencia etnocentrista previa al surgimiento del multiculturalismo.

De modo que nos encontramos en una versión homóloga de la cuestión identidad vaciada-reidentificación tal cual se da en la globalización, donde aparecen movimientos localistas fuertemente reivindicativos frente a la pérdida del asimiento de la identidad al territorio. En este caso, se trata de la tensión multicultural-rechazo étnico, atizada por fuertes motivaciones que provienen de ese real que se ha vuelto siniestro. A pesar del peligro, hoy manifestarse abiertamente rechazante de una etnia produce a sectores de clase media con escolarización, una considerable vergüenza, que no hubieran sentido hace algunos años, cuando tal exclusión se consideraba natural y aceptable. Tenemos, entonces, la aparición de una especie de etnocentrismo posmodernamente vivido.

En este punto, es altamente indicativo lo que los escritores poscoloniales han trabajado. Si bien criticables en otros aspectos (p.ej. la apelación a Derrida con intenciones de activar lucha política), estos autores parten de analizar el poder en el sistema-mundo según Wallerstein. Y desde esa visión planetaria, han desarrollado cuidadosamente una historia de la construcción de la idea de Occidente¹⁷. Muestran así las raíces afroasiáticas de la civilización: desde los fenicios a los babilonios, desde Egipto a la China. Aún el cristianismo es de origen asiático y para nada “occidental”; y se sabe que el territorio hoy ocupado por el capitalismo desarrollado del Norte de Europa (Inglaterra, Alemania) era en realidad el universo físico de los bárbaros, de aquellos a quienes se asignaba el salvajismo. Mientras, precisamente los árabes eran quienes convivieron con los

¹⁷ Lander, E (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales (perspectivas latinoamericanas)*, UNESCO/CLACSO, Bs.Aires, 2000

judíos cuando los primeros dominaban España; y quienes trajeron a Europa la filosofía aristotélica, la química¹⁸, los números, el abecedario.

Esta mezcla que marca en cuánto Occidente es también hijo del Islam y de los pueblos a quienes hoy pretende mostrar como supuestamente salvajes, puede ser pensada también a partir de la existencia del suelo de la posmodernidad. En otros tiempos, la supremacía ética e intelectual de esa construcción que se llama “Occidente” hubiera parecido necesariamente prístina. Hoy, la descentración del sujeto moderno propio de la certidumbre racional, permite abrir espacio a una versión en la cual el pueblo afgano o el pakistaní son advertidos como “extraños”, pero ya no siempre considerados en una inferioridad asignada.

En ese punto nos encontramos hoy, ante un cono oscuro de la historicidad mundial que nos exige lucidez y valentía. Fue la posmodernidad la que abrió el espacio de la tolerancia por sobre las supuestas seguridades intelectuales, la apertura a la pluralidad por sobre las convicciones absolutizantes. Lo posmoderno abrió en su primer momento a la proliferación discursiva, dio espacio a la diferencia, a lo minimal que quedaba arrasado bajo el peso de lo universal y general.

La tensión actual se da entre un poder que alcanza modalidades a menudo premodernas expuestas en formato mediático posmoderno (las andanadas verbales de Bush, las simétricas arengas de Bin Laden), y la necesidad de actualizar aquello que lo posmoderno posibilita, y que no ha desaparecido de la cultura vivida colectiva.

Lo posmoderno no se ha volatilizado, pero en sus contradictorias tendencias (predominio mediático/apertura tolerante, por ej.) tendremos que jugarlos a actualizar sus mejores posibilidades. El multiculturalismo, la diferencia, la no existencia de centros ni de certidumbres, el no aferramiento a un punto de vista como el único válido, tienen ya un lugar establecido en la conciencia del mundo globalizado. Hoy, el sin-sentido parece un problema menor frente a la aparición de la beligerancia y la espiral planetaria de la violencia.

Por ello, podemos asumir que hoy se requiere sostener una moral de la convicción para convocar a la moral de la responsabilidad. En estos casos, pregonar activamente la paz y la concordia, exige enfrentar intereses enormes y tendencias históricas en las que se aferra mucho sentido común

¹⁸ Bernal, J.: *La ciencia en la historia*, Nueva Imagen, México, 1990, p.295

sedimentado. Tendrá que haber esfuerzos y disciplina para imponerse contra los disciplinadores que operan en nombre de fanatismos antagónicos.

Lo posmoderno no ha hallado su culminación/realización, como algunos suponen. Por el contrario, es el suelo cultural en que hoy se desarrolla el conflicto, su arena de significados cotidianos. Dependerá de nosotros que predomine el individualismo que llama a la privacidad y el recelo, al encierro y el autoaseguramiento; o la capacidad para hacer militante el multiculturalismo, el respeto a la diferencia, la tolerancia como exigencia, la paz como derecho al disfrute.